

premo de nuestra existencia, en el momento en que bajo la superficie mansa del lago colonial se preparaba, como erupción de volcán, el advenimiento de una patria nueva, de una nueva sociedad, de una mentalidad nueva....

Los autores de la Antología del Centenario han desenterrado muchas memorias sumidas en el polvo secular como en un sepulcro, han hurgado muchos papeles vetustos, han removido, aunque con manos pías de poetas y literatos, muchas cenizas, y rastreado muchas anécdotas reveladoras, á la vera de vidas próceres. Esta devoción por su obra, este aguerenciamiento con los archivos que custodian—disecada entre las hojas de sus legajos, pero aún perfumada de emoción y de malicia, la primera flor de la poesía puramente nacional—son la mejor recomendación del florilegio que los autores me encargan depositar en la grada más humilde del altar de la Patria: elaborado con las risas candorosas de un pueblo que despertaba á la libertad y á la vida, con los trágicos afanes de los que golpeaban el bronce de las liras en horas de implacables luchas y con ensoñaciones casi nunca realizadas, casi nunca abandonadas, tal es el libro en sus quilates más subidos: es una obra buena y perdurable.

JUSTO SIERRA.

ADVERTENCIA

La *Antología del Centenario*, cuya formación emprendimos por orden del Gobierno de la República, bajo el amparo y dirección del Señor Secretario de Estado en el despacho de Instrucción Pública y Bellas Artes, y cuyo primer tomo aparece ahora, tiene por fin responder á dos necesidades: una, la selección extensa y cuidadosa de la producción literaria de México durante el siglo de independencia política; otra, la historia sintética de esa producción durante el mismo siglo.

Debemos confesar que, al emprender el trabajo, pusimos nuestra atención exclusivamente en la primera de las necesidades ya dichas. Pero conforme fuimos avanzando comprendimos que no podía satisfacerse la primera sin llenarse también la segunda. No escrita aún la historia intelectual del país, nos faltaba la guía necesaria en el océano de papel que constituye la literatura mexicana. Tuvimos, pues, que orientarnos personalmente, con la escasa ayuda que prestan los ensayos de historia literaria producidos entre nosotros.

La obligación de realizar este doble trabajo dentro de plazo corto nos impone restringir los límites y el alcance del estudio histórico y conceder la principal atención, por lo menos en cuanto atañe al número de páginas, á los textos que deben formar la antología.

Si hay obras perfectas, ciertamente no lo son las de historia. La necesidad de precisión y amplitud cada vez mayores mueve constantemente al investigador de hechos del pasado, y no transcurre año sin aportar novedad en cada rama de los estudios históricos. Una antología—que hoy no debe emprenderse sino como trabajo de carácter histórico—está sujeta, además, á las imperfecciones inherentes á su índole. Ninguna selección puede ser definitiva ni completa, ni acomodarse á todo gusto ni ser de impecable justicia. Entre otras cosas, ¿no se impone, en toda antología, el dar cabida á escritores significativos pero cuyas obras nunca exceden del nivel mediano en punto de mérito literario, y excluir, al mismo tiempo, producciones excelentes de los grandes autores, á menos que se quiera dar extensión desmedida á la obra? En las antologías españolas deben figurar, con Fray Luis de León y Lope de Vega, Baltazar de Alcázar y Pedro de Quirós; pero si fueran á incluirse, por ejemplo, todas las poesías de Lope cuyo mérito supere ó iguale al de *La Cena*, de Alcázar, las crestomatías pudieran parecer, más que florilegios

de poetas españoles, colecciones de poesías selectas del *Fénix de los ingenios*.

En nuestro caso, debemos advertir que la *Antología del Centenario* no es, en todo rigor, una *antología*, es decir, una selección de verdaderas flores del arte literario. No en todas épocas ha producido flores nuestra literatura. La *Antología del Centenario* dará, sobre todo, muestra cabal de las formas y los géneros literarios cultivados en México durante el siglo XIX y lo que va del XX. No podríamos, para cumplir tal propósito, adoptar una norma de gusto severo como la que siguió D. Marcelino Menéndez y Pelayo al formar la *Antología de Poetas Hispano-americanos*: si hubiéramos seguido norma semejante, nuestra selección sería poco voluminosa, pero daría imperfecta idea de la evolución literaria de México. El período de independencia, especialmente, se reduciría á unas cuantas páginas; y el escritor más significativo de todo él, Fernández de Lizardi, acaso tendría que ser excluído. Nuestra *Antología*, violentando la significación originaria del nombre que lleva (no hay otro igualmente breve y claro con que sustituirlo), tendrá que unir, con lo bueno, lo mediano y aun lo malo, para cumplir su finalidad como *estudio documentado de la literatura mexicana*.

En cuanto á la compilación de datos históricos, no reclamamos otro mérito que el de haber sido los primeros en acometerla en su to-

talidad, siquier compendiosamente. Nuestra obra aspira á presentar, en síntesis, los principales datos que interesan al historiador literario: la sucesión de hechos sociales y políticos que, al influir en la vida del pueblo, determinaron manifestaciones literarias; los hechos de carácter más directamente literario, como certámenes y asociaciones; la biografía, la bibliografía y la iconografía de los escritores; la historia de la imprenta; las transformaciones del periodismo; y tales otros signos que sirvan de orientaciones en la pluralidad de causas que concurren á producir la obra de letras.

No se nos escapan las imperfecciones que presentará nuestra *Antología* precisamente en este punto de la documentación histórica. Se deberán ellas, sobre todo, á la limitación del tiempo de que disponemos para explorar campos, vírgenes los unos, superficialmente visitados los otros, bien conocidos los menos. Muchas imperfecciones de este primer tomo, por ejemplo, las hemos advertido sobre las páginas ya impresas, y las corregimos en el apéndice: así, apenas hay biografía que no haya sufrido varias rectificaciones y adiciones.

Pero confiamos en que esta obra tendrá como fortuna propia progresar indefinidamente, sea corrigiendo en tomos sucesivos imperfecciones de los anteriores, sea completándose en ediciones nuevas. Desde ahora rogamos á todos los que se interesan por la historia literaria

de México nos ayuden, con cuantos datos posean, á completar ó rectificar los contenidos en la *Antología*.

Las fuentes que hemos utilizado se indican en la *Bibliografía General* que sigue al *Estudio preliminar*. Ninguna de ellas, ni siquiera todas juntas, habrían podido servirnos de guías absolutamente seguras, ni dispensarnos, por lo tanto, de acudir á las fuentes originarias, más límpidas pero de mucho más penoso acceso: los periódicos, y, en los comienzos del siglo XIX, la inmensa multitud de folletos que inundaba las ciudades principales del país.

No hay una historia completa de la literatura mexicana, y ninguno de los ensayos parciales que se han escrito puede tener, claro está, sino utilidad parcial. La historia literaria de México en el siglo XIX comienza con la *Biblioteca* de Beristáin, obra monumental por su magnitud cuanto peligrosa por sus errores. Todo lo que Beristáin debió á sus precursores, como Eguiara, y tal vez á amigos suyos, como Azcárate (autor de una *Historia de la literatura mexicana*, perdida, lo mismo que la anterior del jesuíta Agustín Castro), resulta poquísimos, nada casi, junto á su propio trabajo de veinte años, durante los cuales logró redactar cerca de cuatro mil artículos bio-bibliográficos. A nadie se ocultan hoy sus defectos: como la obra quería ser principalmente bibliográfica, las biografías son brevísimas y desordenadas;

y la parte de bibliografía, á su vez, está desvirtuada por la inexactitud constante en la reproducción de los títulos. Pero el caudal de noticias que Beristáin salvó del olvido es, de todos modos, enorme; y, por nuestra parte, confesamos que, salvo las fuentes originarias, de periódicos y folletos, ninguna nos ha servido, para datos anteriores á 1817, tanto como la *Biblioteca Hispano-americana septentrional*.

La obra de Beristáin no ha tenido verdadera continuación, en su forma bio-bibliográfica, y sólo ha recibido unas cuantas adiciones y rectificaciones: primero, las del Dr. D. Félix Osoreo; luego, las magistrales de D. José Fernando Ramírez y D. Joaquín García Icazbalceta.

En punto á labores puramente bibliográficas, Beristáin ha sido superado con amplísimas creces por los eruditos posteriores. La *Bibliografía Mexicana del siglo XVI*, de García Icazbalceta, "obra en su línea de las más perfectas y excelentes que posee nación alguna", según la expresión del Sr. Menéndez y Pelayo, el valioso *Ensayo bibliográfico mexicano del siglo XVII*, del Canónigo D. Vicente de P. Andrade, la *Bibliografía mexicana del siglo XVIII*, del Dr. D. Nicolás León, obra inconclusa todavía, pero extensísima ya y estimable particularmente por sus reproducciones, los magnos trabajos del chileno D. José Toribio Medina, benemérito de la erudición ame-

ricana, sobre *La imprenta* en México, en Puebla, en Oaxaca, en Veracruz, en Guadalajara, en Mérida de Yucatán: todas estas producciones dejan muy atrás á la ciencia bibliográfica insegura y caprichosa de Beristáin. Lástima es que ninguna de estas obras, salvo las de León y Medina en pequeña parte, haya podido sernos de utilidad directa, pues no se refieren á la época que estudiamos.

En lo que atañe á biografías de escritores, se ha hecho poco después de Beristáin. No poseemos libros importantes donde se narren exclusivamente vidas de escritores: éstas deben buscarse en las obras biográficas generales, especialmente en las de D. Marcos Arróniz y D. Francisco Sosa, y en el *Diccionario de historia y geografía* publicado en México de 1853 á 1856, admirable, para su tiempo, como producto editorial, y nada desdeñable por su contenido, puesto que en ella pusieron mano no menores historiadores y literatos que D. Manuel Orozco y Berra, D. Lucas Alamán, D. Joaquín García Icazbalceta, D. José Fernando Ramírez, el Conde de la Cortina, entre muchos más.

Pero no de todos los escritores mexicanos hay biografías, y de pocas las hay completas: de ahí que hayamos emprendido, en lo posible, dados los estrechos límites de tiempo y espacio en que nos movemos, rehacer la mayor parte de las biografías acudiendo á fuentes nuevas.

Lo que se ha escrito en forma de historia de la literatura mexicana es poco, y, asimismo, en manera alguna completo. Dos veces, después de los perdidos ensayos del P. Castro y de Azcárate, se ha acometido la empresa: siempre ha quedado á medias. De un esfuerzo, el de D. Francisco Pimentel, quedan la *Historia crítica de la poesía en México* y el ensayo sobre *Novelistas y oradores mexicanos*: producciones cuyo valor estriba en el orden histórico que ofrecen más que en la novedad de sus muchos datos, de segunda mano casi todos; del otro esfuerzo, el de D. José María Vigil, queda—obra póstuma—el comienzo de una historia general de las letras en México, interesante por todo extremo, pero no tan amplia como era de esperar y desear, y que, bien se colige, no alcanza al siglo XIX. Después de estos esfuerzos deben citarse, como ojeadas de conjunto, breves pero no escasas en atinadas apreciaciones, las *Revistas literarias* de Altamirano y *Las letras patrias*, de D. Manuel Sánchez Mármol.

Faltábanos todavía mencionar una obra de altísima importancia, como que viene á ser la historia de una mitad de la literatura mexicana, la poesía, por uno de los más ilustres críticos de los tiempos modernos: el capítulo referente á México en los prólogos que puso D. Marcelino Menéndez y Pelayo á la *Antología de poetas hispano-americanos* publicada por la Real

Academia Española. No es, de seguro, el capítulo de México el mejor de todos los que van al frente de esa antología: Venezuela y Colombia, por ejemplo, dieron asunto al prologuista para más detenido estudio (bastarían los juicios sobre Andrés Bello y sobre José Eusebio Caro para hacer memorables esos capítulos); no se abarca allí todo lo que debe contener una historia literaria: ni los datos son muchos ni son de primera mano (imperfección que se debe á la insuficiente ayuda que para el caso se prestó desde aquí); pero el capítulo ofrece la síntesis de una evolución literaria de cuatro siglos con mayor fuerza que ningún otro trabajo hecho sobre el asunto, y es definitivo, sobre todo, en el estudio de las influencias que han obrado sobre la poesía mexicana. En la crítica podrán notarse defectos de perspectiva: se dirá, acaso, que hay demasiado calor en la defensa de Pesado, poeta á quien se desdeñó por el cambio de modas literarias más que por cambios de credos religiosos y políticos; se dirá también que hay un extraño desnivel entre la apreciación de D. Ignacio Ramírez y la de D. Manuel Acuña. Pero las opiniones, vistas separadamente, son casi todas decisivas. Poco importa que, por culpa nuestra, D. Marcelino no haya conocido otro aspecto de Sartorio sino el deplorable que estudia Pimentel, ó que ignorara hechos tales como la persistencia del culteranismo en México hasta principios del si-

glo XIX, de lo cual es ejemplo D. José Agustín de Castro, entre mil: á cambio de tales omisiones, nos ofrece los magistrales juicios sobre Bernardo de Valbuena y Sor Juana Inés de la Cruz; el elogio de los poetas latinos de la escuela jesuítica; las breves pero definitivas frases con que consagra el mérito de Ochoa como humanista, ó el de Navarrete como tímido y amable *neo-clásico*, ó el de Rodríguez Galván como poeta típico del romanticismo mexicano, ó el de Ramírez, jacobino en la acción y clásico en la poesía. Como ha dicho D. Justo Sierra refiriéndose á la parte dedicada al siglo XIX, este estudio "es el más acertado y de mayor alcance de cuantos sobre el mismo tema se han escrito".

Quedan, por último, los trabajos de significación y extensión limitadas, como *El Arte literario en México*, de D. Enrique Olavarría y Ferrari, y *Del movimiento literario en México*, de D. Pedro Santacilia, las monografías y las críticas que se indican con referencia á cada asunto, y las grandes obras de historia social y política, cuyo auxilio es indispensable en estudios como éste. La historia definitiva de México no está escrita aún, pero la serie de sus historiadores, españoles, mexicanos y extranjeros, viene sin interrupciones desde la conquista, comenzando en el propio Hernán Cortés, hasta nuestros días. No es éste el lugar donde debemos emitir juicios sobre ellos, ni siquiera

detenernos á nombrarlos, puesto que de todos son conocidos los principales: nos limitaremos á remitir al lector á la *Bibliografía general* ya mencionada.

Réstanos dar las gracias por la ayuda que nos prestan en este trabajo, con libros y con indicaciones valiosas, á los Sres. D. Francisco Sosa y D. José María de Ágreda y Sánchez, director y sub-director, respectivamente, de la Biblioteca Nacional; á D. Luis González Obregón, director del Archivo General, y al Lic. D. Genaro García, director del Museo Nacional.

